

parecen ya sangre de cíclopes:
 porque vosotros trabajáis con avidez en sordas galerías,
 apresurando la explosión que ha de lanzar al universo
 vuestro cuerpo de fulgurantes anticristos,
 como flor de caótica amargura
 que el mundo sacrifica a los planetas.

¿Sois montañas
 que bajo la presión de gigantesca angustia
 dejaron de crecer,
 o precursores de una estirpe de viento
 que verá caer las pesadas láminas
 de la gravitación
 cual destrozados mármoles de sepulcros?

¿Vais a recuperar la primitiva altura
 del espíritu,
 con vuestro salto atmosférico?
 Si es así, llevadme en vuestro carro que deja
 relámpagos de carburo detrás de su partida;
 arrastradme a la destrucción o la victoria
 sobre la inmensidad que aún resiste
 vuestro asedio y las últimas batallas;
 conducidme a la destrucción o a un triunfo altísimo,
 y dejadme compartir vuestro júbilo frenético
 el día en que plantéis
 las banderas del hombre entre los astros.

Conducidme a la destrucción, ¡adonde sea!
 porque también en mí padece
 la furia de un demonio desterrado
 que irradia en la oscuridad,
 y quiere vivir de nuevo en su nocturno paraíso,
 circundado de estrellas condenadas.

Sólo vuestro deseo de partir al infinito
 os da jerarquía de pilotos invasores.
 ¡Qué importa nuestro duelo ante el asalto
 que descubre las sendas inminentes!
 Vuestra evasión arrancará de sus despóticas urnas
 las amarillas caras de los muertos,
 con sus viscosas larvas
 llenándoles las órbitas vacías,
 y el pelo acumulándose en las sienas
 mojado por sudores nauseabundos.
 Y como fuerza de atracción irresistible,
 levantará desde las minas
 toneladas de acero y de plutonio,
 y espaldas de elefantes sepultadas
 por ensordecedores cataclismos,
 adentro de las sólidas canteras.

Vais a partir. Y si es preciso que subyuguéis la vida y la muerte
 para dar un impulso a vuestra cólera,
 esclavizad la Fortaleza;
 destruid el espíritu de los débiles;
 incendiad los baldíos ojos de los que lloran;
 arrasad el albedrío de los mansos;
 las lenguas que suplican
 y el corazón de los que aman.
 ¡Sólo vuestro implacable afán de partir es digno de la existencia
 y de la muerte! ¡Sólo es grande partir!



TODOS FUIMOS LEGIONARIOS

Decid de mí algún día: no estuve en las trincheras,
 pero escuché el tronar de los cañones
 contra los muros almenados,
 y la explosión de las granadas.
 Su espíritu clemente
 combatió y en verdad estuve allí.

El día en que una lluvia de luceros
 carnívoros y crueles fue arrojada
 sobre los muros de Hiroshima,
 todo su impacto y su impiedad sufrí.

Y al disiparse aquellas nubes ácidas
 y aclarar en los cielos y los montes,
 entre un ciclón de ruinas y cadáveres
 mi cuerpo incinerado estaba ahí.

Contad que estuve en todos los campos de batalla,
 mas invisible en las trincheras fui.
 La sangre fría, el suero de las úlceras
 y el llanto de los mártires bebí.

Sudé en silencio lágrimas antiguas.
 Ya el llanto de los hombres no es así.

Legionario de aéreas barricadas,
 las viejas catedrales defendí.

Contad esto que os digo y que pudiera
 ser la verdad de lo que yo sentí:
 no haber estado nunca en las trincheras,
 y sin embargo cómo combatí.

Estuve en las Ardenas y en Cherburgo,
 y en Inglaterra bombardeado fui.

Y aquel día en que huyeron sus ejércitos
 en Dunquerque, entre lágrimas partí,
 y el día en que tornaron invasores
 a defender la libertad, volví.

En uno de esos campos de batalla,
 catead la tierra, por si estuve allí.
 Meted la punta de la espada al fondo;
 y si tocáis un cuerpo sepultado,
 por un segundo medidad en mí.

Pudieran ser mis huesos, mi carroña,
 lo que se pudre abandonado ahí.
 Clavad entonces una bayoneta
 sobre ese promontorio sin ventura,
 cual otros que en Italia conocí,
 y ponedle la gorra de un soldado,
 o algún recuerdo que perdure aquí.

¿Quién se pudre allá abajo? ¿Quién lo sabe!
 ¡Un compañero, como tantos vi!
 Tal vez un héroe incógnito, o yo mismo
 que fui un hombre de paz... y combatí;
 que no estuve jamás en las trincheras,
 y sin embargo cómo padecí.

Nadie supo mi nombre. El mundo ignora
 cuanto es pequeño. Referido así.

PADRE NUESTRO

para uso de los trabajadores

A Margarita Barreto de Corona

¡Padre nuestro que está aquí en la tierra!
 ¡Que nuestras manos tienes y trabajas
 como nosotros cotidianamente
 sobre el surco, las minas o la fábrica!
 ¡Padre nuestro mortal como nosotros!
 ¡Con nuestra frágil condición humana!
 ¡Sometido al dolor, al desamparo
 y a la cautividad y las batallas!
 ¡Danos del pan que trabajaste y toma
 del pan que trabajamos: esta hogaza

de trigo por nosotros conseguida,
 y que en las tuyas nuestras manos hallan!

¡Padre nuestro tangible, que a la puerta
 de los diurnos telares nos aguardas,
 y nos ayudas a tejer el lino
 y a dar color a la sencilla lana!
 ¡Padre nuestro que enseñas que la Tierra
 no es un valle tristísimo de lágrimas,
 sino un acto de fuerza y de dominio
 del hombre laboral: en esta casa
 de proletarios materiales hecha,
 va a extinguirse la luz como se apaga
 la tarde sobre el mundo! ¡Ya es hora
 de pensar en aquellos que mañana
 nos han de reemplazar en los talleres;
 en los que obrero fraternal te llaman!
 ¡Ven a nosotros los trabajadores:
 y en el instante en que la dulce calma
 del reposo fabril nos adormece,
 confía en nuestro amor! ¡Ven y descansa!



EL ESPIRITU DEL MAL

¡Espíritu del Mal: si eres hiriente
 más que la garra del jaguar sañudo
 hiéreme aquí donde el Dolor no pudo:
 en la soberanía de la mente!

Ni la Fatalidad, indiferente
 a la angustia mortal, ni el golpe agudo
 de las Enfermedades al desnudo
 flanco del tórax, ni el Amor potente

desvertebrar pudieron la osadía.
 con que mi pensamiento amurallado
 se enfrentó a la Impiedad que lo agredía

¡Fui más fuerte que el Mal! ¡Y encadenado,
 sobre almenas de furia y bizarría,
 mantuve el corazón enarbolado!

EPITAFIO PARA LA HUMANIDAD

Año 10.000

Estos montes que veis son la crianza
 de aquella humanidad, luz del pasado.
 Fue grandiosa y terrible. Simboliza
 su destino esta llama que agoniza
 sobre un mundo por ella ensangrentado.